

SACUDIRSE EL DESGANO.

HUMBERTO GIANNINI ACERCA DE LA PEREZA.

NADINE FAURE Q

Universidad de Chile

nadinefaureq@gmail.com

RESUMEN

En esta ponencia, revisaremos la noción de pereza que propone el profesor Humberto Giannini con el propósito de evidenciar por qué, desde su filosofía tardía, la pereza sería una experiencia de la que hay que desprenderse en pos de establecer vínculos genuinos con los otros. La pereza es un estado anímico que, fuertemente ligado al aburrimiento y al ocio, da cuenta de una forma defectiva de la cotidianeidad, la cual es expresión de una disposición hostil a la acción. En este sentido, y puesto que en sus últimas obras la acción adquiere un rol predominante, es que debemos desperezarnos ante los otros.

PALABRAS CLAVE: pereza, desgano, aburrimiento, acción, presente.

Actuar es asumir un presente

Emmanuel Lévinas

Pienso que este epígrafe nos encamina hacia el problema principal de esta ponencia. Pues, a lo largo de esta exposición, intentaremos pensar en términos generales cómo la falta de iniciativa revela modos particulares de subjetivación que implican, por ejemplo, el no asumir un tiempo que nos convoca y, por la misma razón, el no posicionarse ante el otro que nos interpela.

La pereza es una experiencia habitual. Nosotros no buscamos ni desconocer este hecho constitutivo de nuestra vida cotidiana, ni pretendemos juzgar a la pereza como si se tratara de una especie de vagancia que hay que condenar. Nuestra intención será, entonces, tomar la pereza desde una dimensión cercana, desde el sentido común, entendiendo éste como una preocupación central por los temas y experiencias compartidas que nos hablarán, en palabras de Humberto Giannini, de

una determinada comprensión del destino humano. Así, nos aproximaremos a la pereza describiéndola y entendiéndola como una experiencia transitoria e intermitente, que está circunscrita a un determinado espacio y a un determinado tiempo en el recorrido de la reflexión cotidiana.

¿Qué puede sernos más familiar que el desgano paralizante y la flojedad propios del tener que hacer por el mero tener que hacer? Ésta, la pereza, no es sino la pesantez que nos embarga toda vez que tenemos que llevar a cabo un esfuerzo para vérnoslas con las mismas cosas y las mismas personas cada día, día tras día. Pereza que no es holgazanería sino desidia, provocada por los encuentros obligados, los trayectos conocidos, las actividades repetidas. Así descrita, la pereza es una absoluta falta de iniciativa respecto a aquello que estamos obligados a realizar. En el momento en que estamos sobrecogidos por la pereza, nada parece más atractivo y más sincero que el mero dejarse estar, abandonados a un lugar, manteniéndonos en el absoluto rechazo a aquello que tenemos que hacer, como si la pereza se efectuara plenamente sólo en la experiencia de este rechazo radical. Sin embargo, como bien sabemos, el sujeto sumido en la pereza nunca está sólo y el mundo de la vinculación, mundo común cuya construcción fue un aspecto central en el pensamiento del profesor Humberto Giannini, exige sujetos capaces de encontrarse y, por lo mismo, capaces de desperezarse ante los otros.

En esta ponencia, revisaremos las reflexiones que aparecen en *La reflexión cotidiana* acerca de la pereza y el desgano con el propósito de evidenciar por qué, desde la filosofía tardía de Giannini, en la cual la acción adquiere un lugar central, la pereza y el desgano serían experiencias de las que hay que desprenderse en pos de establecer vínculos genuinos con los otros. En este sentido, juzgo interesante reflexionar acerca de la pereza porque pienso que ésta apunta a una determinada relación del sujeto consigo mismo respecto a sus posibilidades, a saber: en la pereza, el sujeto vivencia un rechazo a comenzar, es decir, un rechazo a actuar y, por ello, si hacemos caso a nuestro epígrafe, una incapacidad de asumir el presente.

Ahora bien, es necesario declarar inmediatamente que ésta, la pereza, no merece una consideración particular en la filosofía de Humberto Giannini. La pereza y el desgano salen a colación sólo como una suerte de experiencias secundarias, a la sombra de otro fenómeno que sí es considerado con mayor detención por él y al cual yo no me voy a referir sino tangencialmente. Este fenómeno es el aburrimiento. Sin embargo, a nosotros nos interesará particularmente la pereza porque, como decíamos, y pese a lo acotado de sus referencias, pensamos que ésta es la disposición -o tal vez la falta de disposición- que remite a una relación directa con las posibilidades del sujeto y, por lo mismo, de su capacidad de actuar. Nuestra tesis central será, entonces, que sólo es posible restituir la iniciativa del sujeto y, por tanto, la experiencia de una comunidad, a partir de una determinada comprensión de la temporalidad que subyace a la pereza y a la posibilidad de sobreponerse a ella.

Para Humberto Giannini, la pereza es una suerte de desgano al que le hemos acentuado uno de sus rasgos centrales, a saber: el rechazo al esfuerzo (Cf. Giannini, 2013, 130). Aversión por el esfuerzo, diría Lévinas (Cf. Lévinas, 2006, 28). Así entendida, y aunque suene un poco tosco, la pereza es lisa y llanamente las ganas de no hacer nada. Es una falta de disposición inicial que, por lo mismo, no puede iniciar nada, es decir, es incapaz de acción. Es un rehusarse a comenzar a hacer lo que debemos hacer. Un rechazo a llevar a cabo el comienzo. Es, en palabras del profesor Giannini, “un estado inicial, una predisposición hostil a la acción” (Giannini, 2013, 121). En este sentido, la pereza no es ni un hacer de mala gana ni un hacer desganado. La pereza es un no hacer o, más precisamente, un no comenzar a hacer, el cual no es mera inacción sino que más bien remite a un estado de flojera radical. Presentándolo de un modo caricaturesco, podríamos decir que si el domingo, con su habitual “nada que hacer” domiciliario (Cf. Giannini, 2013, 117), es el día en que nos acecha el aburrimiento; el día en que vivenciamos la pereza en su más cruda realidad es, sin duda, el día lunes.

Cito a Lévinas, con quien Giannini coincide ampliamente, para ilustrar lo que hemos dicho acerca de la pereza:

La pereza es cuando retroceso ante el acto es una vacilación ante la existencia, una pereza de existir. Pero, en cuanto rechazo con respecto al acto, en cuanto imposibilidad de comenzar, ¿no se refiere la pereza a la inacción misma como a un estado? Entumecidos en nuestro lecho, rehusándonos a todo acto, ¿acaso no realizamos la pereza como un acontecimiento positivo en la dicha de estar encerrados en nuestra concha? ¿No es la pereza el encanto de levantarse tarde? (Lévinas, 2006, 30).

Además, dirá Lévinas:

Lo que es esencial en la pereza es su lugar antes del comienzo del acto, de alguna manera su dirección hacia un porvenir. No es un pensamiento del porvenir seguido de una abstención de actuar. Es en su plenitud concreta -y esto es central- una abstención de porvenir. Es cansancio del porvenir (Lévinas, 2006, 32)

Pereza y desgano son, para el profesor Giannini, dos conceptos casi sinonímicos. Como decíamos, la pereza es el desgano que rehúye el esfuerzo propio de la iniciativa. Y el desgano, al igual que el aburrimiento, es un modo defectivo de la vida cotidiana. Es el tono afectivo que nos permite reconocer nuestra rutina como un presente hostil. Recordemos, nada más que para tener a la vista, que comenzamos diciendo que actuar es, precisamente, asumir un presente. Todavía está por verse cómo podríamos aproximarnos y asumir este presente hostil de la rutina. En palabras de Giannini, y de aquí la relación que hicimos con el día lunes, el desgano es tal “por lo que hay que volver a hacer, a escribir; por la gente a la que hay que volver a atender, por lo que nuevamente habrá que decirle, etcétera, sin más razones que el tener que hacer las cosas” (Giannini, 2013, 116). Ahora bien, mientras la pereza es un rehusarse absolutamente a actuar y a responder por nuestras obligaciones; el desgano es, en palabras del profesor Humberto Giannini, “una especie de aflojamiento, de mínima respuesta a ‘lo que pasa’; a las personas y cosas con que tenemos que vérnoslas y encontrarnos en la rutina diaria (cuando no pasa nada)” (Giannini, 1997, 157). Por esta razón, es decir, porque el desgano surge en lo que podríamos llamar la cotidianeidad gastada y empobrecida de la rutina es, al contrario de la pereza, un esfuerzo disminuido pero un esfuerzo al fin y al cabo.

Esta disposición adversa a lo que hay que hacer, la cual vivenciamos en el desgano y en la pereza, es propia de lo que Giannini llama el tiempo ferial (Cf. Giannini, 2013, 18), es decir, el

tiempo externo del trabajo y, en este sentido, puesto que nos remite a lo que debemos hacer sin excusas, estamos ante una obligada disponibilidad para los otros.

En la caracterización de los lugares que componen el recorrido de la reflexión cotidiana, el trabajo, en tanto realiza la disponibilidad para los otros a fin de ser para sí, puede llegar a ser el lugar de una disponibilidad condicionada que tiene como correlato el desgano propio de la rutina. Es decir, en este último caso, el trabajo, lejos de ser la instancia que posibilitaría el establecimiento de un tiempo común e intersubjetivo, es sólo el medio a través del cual el sujeto logra procurarse su mismidad y, en este sentido, no es más que un modo reiterativo y predecible de lidiar con la vida de todos los días. Es en esta experiencia, que no porta ninguna noción de comunidad, en la cual el desgano se expresará más patentemente puesto que, en este contexto, vemos al otro como una no-posibilidad de vinculación, no porque ésta sea imposible, sino porque en el desgano así como en la pereza, no hay interés en que la vinculación se realice: los otros se me presentan ya mediatizados por el rol que juegan para el cumplimiento de mis propósitos. Por esta razón, pensamos que el desgano, y más particularmente la pereza, no sólo es insolidaridad con el mundo sino que, pese a que el profesor Giannini no lo dice así, también es insolidaridad con los otros.

Dice Giannini: “trataremos el desgano -o la pereza, si así queremos llamarlo- como un aburrimiento con las cosas y las personas con que tenemos que habérnoslas. Un aburrimiento que, para el que sufre, es, diríamos, recíproco: las cosas parecen a su vez aburrirse con nosotros, ensimismarse y permanecer ajenas al quehacer en que se las ha metido” (Giannini, 2013, 118-119), es decir, el desgano y la pereza son descritos bajo la figura de un co-aburrimiento (expresión que también es del profesor Giannini) que se materializa en tanto tenemos que lidiar rutinariamente con las mismas personas y con las mismas cosas.

En este punto, debemos ser cuidadosos e intentar separar, con precisión, este aburrimiento recíproco que acabamos de mencionar, del aburrimiento que Giannini identifica con la acedía en su bellísimo texto “El demonio del mediodía”. Esta distinción la realizaremos brevemente con el propósito de pensar qué hay en el aburrimiento que nos permita esclarecer a la pereza y al desgano.

Hay, podríamos decir, a lo menos dos tipos de aburrimiento. Por una parte, está el aburrimiento objetivo, es decir, cuando nos aburrimos con algo, de algo, con alguien o de alguien y, por otra parte, está el aburrimiento de la acedía, es decir, el aburrimiento entendido como tristeza del bien interno (palabras de Tomás de Aquino que son retomadas por el profesor Humberto Giannini).

Nosotros, para comprender qué dimensión del aburrimiento rige al aburrimiento recíproco, nos valdremos de una definición que aparece en *La reflexión cotidiana* y que no vincularemos explícitamente con la acedía por no ser este nuestro propósito.

Humberto Giannini escribirá que aquello que constituye el aburrimiento es nuestro encuentro con una disponibilidad meramente formal. Esta disponibilidad vacía, si refiere a las cosas o a las otras personas, en tanto éstas no tienen nada que ofrecerme, remitirá a lo innecesario e irrelevante de su presencia: “cosas inmóviles, inactivas, que parecen estar de más” dirá Giannini. Y, si esta disponibilidad refiere al sujeto, remitirá a una interioridad que no tiene nada que decir u ofrecer a sí misma. Pensamos que el patrón común a estos dos casos y, por lo mismo, lo que haría que el aburrimiento sea aburrimiento, es esta situación que se provoca cuando las cosas, e incluso mi propia subjetividad, no tienen nada que ofrecerme y se presentan vacíos ante mí. Este aspecto, pensamos, determina la figura del co-aburrimiento según la cual definimos al desgano. Co-aburrimiento que surge tanto de la imposibilidad de recibir las cosas y los otros hombres que, puesto que nada ofrecen, no se aproximan; como también de la imposibilidad de salir en busca de lo otro sino para llevar a cabo, mediante el mínimo esfuerzo propio del desgano, esta disponibilidad obligada para los otros.

Retomando la distinción entre los dos tipos de aburrimiento, podríamos decir sencillamente que el aburrimiento objetivo da cuenta de una experiencia con las cosas cuando éstas no tienen nada que ofrecernos y que el aburrimiento como tristeza del bien interno da cuenta de una interioridad que no tiene nada que ofrecerse a sí misma. Sin embargo, y aunque quisiera resolverlo así, el problema de la acedía es muchísimo más complejo que eso. Ahora bien, y puesto que tenemos que

resolverlo de algún modo, rescataremos que en el análisis etimológico que ha decidido emprender, Giannini nos dirá que la palabra aburrimiento está radicalmente emparentada con la palabra aborrecimiento y, mediante ella, a la palabra horror, al miedo, al terror. Por esta razón, podemos decir con cierta liviandad pero con evidencia textual a nuestro favor que, por una parte, el aburrimiento objetivo es aborrecer a las cosas o a las personas cuya disponibilidad es vacía y, por otra parte, el aburrimiento de la acedia o de la tristeza del bien interno no es falta de disponibilidad para sí, sino cierto horror a uno mismo (Cf. Giannini, 1992, 35).

Entonces, retomando nuestro problema inicial ¿qué puede decirnos el aburrimiento del desgano y la pereza? Pues, bastante. El mismo Giannini dice que “yendo de uno al otro: del desgano al aburrimiento, podemos descubrir que en el fondo se trata de dos momentos de idéntico significado, pero de diversas intensidades y realizados en lugares y tiempos diversos” (Giannini, 1992, 27). Sin embargo, hay distinciones que deben tenerse a la vista. Por una parte, mientras el desgano y la pereza son una aversión a aquello que hay que hacer, es decir, van conjuntamente con la rutina del trabajo y el quehacer de las obligaciones; el aburrimiento se asomará sólo ante la posibilidad domiciliaria del “nada que hacer” propio del tiempo libre y festivo. Me aburro del hecho de que no hago nada. Por otra parte, mientras el desgano y la pereza, como decíamos, son disposiciones iniciales que rechazan el actuar, es decir, son previas al acto; el aburrimiento es algo que sobreviene toda vez que deviene la disponibilidad formal y vacía que aborrecemos. De este modo, puedo aburrirme de no hacer nada, así como también puedo aburrirme al estar haciendo algo que, de pronto, se vuelve innecesario, irrelevante, pretencioso o vano.

Con estos conceptos ya presentados, retomaremos lo que anunciábamos en el comienzo, a saber: que una determinada comprensión de la temporalidad es lo que nos permitirá restituir la iniciativa del sujeto, su capacidad de actuar, y, por lo mismo, lo que nos permitirá restablecer su dimensión ética. Para esto, tendremos que dar cuenta brevemente de la relación que se establece entre el desgano y la pereza con este presente que, al actuar, nos tocaría asumir (según el epígrafe de Lévinas).

Como decíamos, el desgano es, cito a Giannini, “el tono afectivo propio de la rutina; y que permite reconocerla como un presente hostil e inconcluso por naturaleza; o como la sucesión inmóvil de *lo mismo*, cuyas posibilidades de acción ya tenemos por descontadas” (Giannini, 2013, 130). Ahora bien, como hemos intentado destacar, la diferencia central entre desgano y pereza guarda relación con que, en el primero, estamos aportando nuestro mínimo esfuerzo y nuestra mínima presencia; mientras, en la pereza, estamos rehuyendo absolutamente del esfuerzo. Cito a Giannini nuevamente: “desganados, no estamos pre-ocupados por aquello que nos ocupa [...] simplemente estamos allí con una pura integridad física” (Giannini, 2013, 130).

Además, mencionábamos anteriormente que el desgano era una especie de aflojamiento pero, ¿qué es puntualmente lo que afloja el desgano? Giannini responde: “estrictamente hablando, lo que el desgano afloja es su vinculación con lo presente, pero, sin romper con él. En otras palabras: desganados, no estamos preocupados por aquello que nos ocupa, pero tampoco volamos con la imaginación a otra parte” (Giannini, 1997, 157). En este sentido, el desgano es una “pequeña tristeza de estar ahí amarrada por el tiempo y las circunstancias [...]. Es débil tristeza para un presente hostil” (Giannini, 1997, 157-158). Tristeza que, como tal, evade este presente.

Para entender esta última expresión, es decir, para entender la referencia a la tristeza, nos referiremos al libro *Del bien que se espera y del bien que se debe*. En él, Humberto Giannini dirá que el presente no forma parte de una dimensión cronológica, sino que la realidad del presente se juega en una dimensión netamente subjetiva. En este sentido, el presente es, en palabras de Giannini, “el estado de contemplación en el que una conciencia hospitalaria deja venir al otro -o lo otro- ante sí, sin exigencias, sin instrumentalizar el encuentro [...], ese estado es el único principio legítimo de la acción, del proyectar mundos y futuraciones; el único principio ético de la convivencia con el prójimo y con nosotros mismos” (Giannini, 1997, 158).

De este breve fragmento, podemos desprender que sólo se actúa en presente, es decir, el sujeto sólo puede restituir su capacidad de iniciativa cuando actúa y, por tanto, cuando es capaz de asumir el presente. Pero, ¿qué significa, en este contexto, asumir el presente? Significa, pensamos,

que si se trata de un estado de contemplación en el cual dejamos al otro aproximarse, el presente será entonces el acoger la realidad mediante una apertura hacia lo otro que, bajo la figura de la hospitalidad, se realiza en el instante mismo de la acción. Así, al actuar, dirá Giannini, “el sí mismo empieza a revelarse como relación, como acogida a lo otro en cuanto otro. Y esta es la cuestión fundamental” (Giannini, 2013, 139). En tanto yo actúo en un presente pleno, me constituyo como un sujeto capaz de iniciar procesos en el mundo y, por lo mismo, de acoger sin condiciones a lo otro y a los otros. Cito a Giannini: “vivir el presente es, pues, vivir un tiempo abierto a la presencia de lo otro” (Giannini, 2013, 133).

Ahora bien, a pesar de estas consideraciones, en el desgano, puesto que es una forma de degradación de la vida cotidiana y es, a su vez, una disposición hostil a la acción, rehuiremos del presente sin romper nunca los vínculos con el mundo. Además, este presente del que rehuiremos, a saber: el presente de la rutina es, a su vez, un presente que hemos llamado también hostil. ¿Cómo podemos, entonces, aproximarnos y asumir este presente? En este sentido, es el mismo profesor Giannini quien nos entrega una especie de receta para desprenderse del desgano. Cito: “nos sacudimos de este desgano, volviendo al barrio, encontrando a los amigos en el club, en el bar, regresando a la intimidad domiciliaria, con lo que ésta puede ofrecernos: amor, conversación, reposo o, simplemente, sueño como evasión a este triste compañero que nos espera al amanecer.” (Giannini, 2013, 119). Como dijimos desde un comienzo, el sujeto sumergido en la pereza y el desgano, nunca está solo. El presente hostil de la rutina ha de ser interrumpido pero no con un mero distraerse, aunque el desgano y la pereza también sucumben ante la irrupción de la novedad, sino que sólo podemos desperezarnos en el encuentro concreto con los otros.

Si confiamos en Lévinas, quien nos decía líneas más arriba, que la pereza es una abstención del porvenir, resulta evidente reconocer por qué es necesario repensar una comprensión de la temporalidad que permita que nos situemos ‘ante’ el presente y ‘en’ el presente desde las posibilidades de la acción, pues sólo así podremos acoger al otro que nos solicita.

Finalmente, no deja de ser llamativo que la acción y, más especialmente, la acción comunicativa, hayan tomado tanta relevancia en el pensamiento tardío de Humberto Giannini. Cierta tradición de la filosofía contemporánea nos permite afirmar que la acción siempre novedad, es un verdadero inicio, es, por tanto, la asunción de un presente y un desmerecerse ante el mundo. La acción, nos dirá Giannini, surge sólo desde sí o, más precisamente, surge de aquel ente capaz de mover y moverse desde sí, de aquel ente capaz de comienzo e iniciativa, aquél que se inserta en el mundo humano sólo en virtud de su acción, a saber: el sujeto. (Cf. Giannini, 2011, 186). Ahora bien, debemos decir que el desde sí, es decir, el sujeto, se moviliza siempre como búsqueda y deseo de la alteridad (Cf. Giannini, 2011, 187). Esto es lo que permite que el sujeto se reconozca responsable éticamente, ya que se experimenta a sí mismo como origen y proyección de su movimiento, de este modo, cito a Giannini, “se experimenta como unidad de ser” (Giannini, 2011, 187): como sí mismo. Estas consideraciones están a la base de toda comunidad, puesto que este reconocimiento de sí permite, a su vez, reconocer y tratar a los otros como sujetos, es decir, como otros móviles capaces a su vez de moverse desde sí, de actuar y, mediante eso, de introducir lo nuevo en el mundo.

El presente es presencia real, plena, que nos convoca y nos interpela en nuestra comodidad, que nos llama a la acción, a la irrupción del comienzo y de la novedad. La pereza y el desgano son, como ya hemos dicho suficientemente, modos defectivos de la vida cotidiana. Sin embargo, no por ello, en su rechazo a ser, no serán modos particulares de relacionarse a la existencia. Son, como podemos adivinar, modos defectivos porque nos mantienen a resguardo de la imprevisibilidad propia de la acción. Al sobreponernos a la pereza y al desgano, lo que surge como posibilidad es, precisamente, el comienzo, la acción y, por lo mismo, la apertura al porvenir y a la alteridad. Apertura que conlleva siempre la responsabilidad de presentar y ofrecer al otro la posibilidad de establecer vinculaciones ciertas, recíprocas y sinceras que nos permitirán construir juntos el mundo común.

BIBLIOGRAFÍA

- Giannini, H. (1992), *La experiencia moral*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Giannini, H. (1997), *Del bien que se espera y del bien que se debe*. Santiago: Dolmen Ediciones.
- Giannini, H. (2011). “Dar la palabra o de la insolvencia del yo” en *Estudios Públicos*, Número 124, pp. 181.199. Recuperado de http://www.cepchile.cl/dms/archivo_4982_3119/rev124_HGiannini.pdf
- Giannini, H. (2013), *La ‘reflexión’ cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago: Ediciones UDP.
- Lévinas, E. (2006), *De la existencia al existente*. Madrid: Arena Libros.